

BELLAS ARTES

La portada de Juan Francés tiene, aparte sus propios méritos, el indiscutible de representar en forma gráfica la *actualidad fugitiva*. El *veraneo* es la única ocupación seria á que se dedican los españoles, y las españolas que pueden, en estos calurosos meses emparentados estrechamente con la canícula. Los unos escogen las playas del Norte; los otros las cumbres de las montañas; y ya sea que temple su ardor la fresca salubre del mar, ya la baja temperatura de las mayores latitudes, todos intentan burlar la estación refugiándose en aquellos sitios donde parece que no penetra el estío.

La elegante mujer que ha pintado Francés, simboliza ambas tendencias. Amiga del mar y de la montaña, ha hallado medio de enseñorearse de los dos refrigerantes, compartiéndolos con el goce artístico que produce la contemplación de la naturaleza. Es una figura sin pretensiones, pero por lo bien dibujada y colorida, no desmiente la firma.

Ricardo Brugada, en un ligero apunte de color, nos da la impresión de la gracia sevillana en sus dos *Floristas*, cuyo gracejo especial sólo puede percibirse y copiarse en el propio país donde se crían. Y Brugada, es sabido que bebe en la fuente original.

MI ÚLTIMO SUEÑO

No es posible que yo acierte á describir con perfección como era el misterioso personaje que se presentó ante mí, apenas me quedé dormido. Era un anciano de copiosa y argentada barba, que caía en graciosos rizos sobre el amplio y robusto pecho; el cabello, blanco y sedoso, resplandecía con fuerza, tomando apariencias de nimbo al encuadrar la arrogante y bien modelada cabeza. Todo su rostro revelaba inexplicable dulzura y su despejada frente delataba de tal modo superioridad é ingenio que, insensiblemente, movía á veneración profunda, que no llegaba á temor, porque sus azules ojos miraban acariciando. Bien se echaba de ver que aquellas canas habían causado admiración y respeto á muchas generaciones; pero aquel extraordinario viejecito erguía tan majestuosamente su bien proporcionado busto, que pronto se adivinaba que el tiempo, ese implacable destructor, era impotente para aminorar los inacabables bríos del anciano.

Yo no había visto hasta entonces á aquel viejo singular y, sin embargo, me parecía tener delante á un antiguo y buen amigo que fué poco á poco adquiriendo tono y figura, hasta quedar convertido en el retrato viviente del viejecito cariñoso y bueno que nos enseñan á respetar y querer en nuestros primeros años. El sonreía para alentarme, pero yo no acertaba á recobrar el ánimo, porque después de reconocerle, recordé con miedo que, los que de *El* me habían hablado, más me enseñaron á temerle por cruel que á desearle por bueno. Falto de palabras, quise mostrar mi admiración cayendo á sus pies arrodillado, pero el anciano se apresuró á detenerme y con imperioso tono, que me hizo olvidar al viejecito bondadoso, para pensar en el Dios colérico, me dijo, al propio tiempo que me marcaba mi camino con el dedo:

—Tu sino es caminar, caminar siempre; no te detengas, sigue adelante.

—Y, ¿á dónde iré, Señor? — me resolví á preguntar.
—¿Dónde has de ir sino adonde fatalmente caminan todos los hombres!
—¿Dónde acaba mi camino?
—Ese es mi gran secreto. Camina con confianza, sin vacilaciones; sufre y camina, que el punto de llegada no está muy lejos.
—Tendré que seguir errante y sin compañía, sin rumbo y sin tener quien me guíe.

El viejo sonrió de un modo extraño. Acabó de reír y dijo:
—¡Siempre habéis de ser tan ciegos, nunca aprenderéis á ver! Abre una vez los ojos y aprende, para no olvidarlo, quién te acompaña en tu penosa excursión.

Miré y me quedé anonadado. Casi tocándome con su descarnado cuerpo, infectándome con su nauseabundo hedor y helándome con su hábito, estaba un repugnante esqueleto, que se cubría de la cabeza á los pies con amplio sudario que sólo le dejaba libre dos grandes y sombríos huecos, correspondientes á los ojos, con los que parecía mirar con afanosa constancia.

El temor más intenso se apoderó de mi alma y, por natural concatenación de lúgubres pensamientos y de infinitos temores, me pareció que el espectro se aproximaba tendiendo hacia mí sus amarillos y crujientes brazos.

El anciano volvió á sonreír y me tranquilizó, diciendo:
—Todavía no, no temas. Camina, sin olvidar que viajas acompañado y este recuerdo te dará energía; mas, ten presente, que la primera parada que después de partir hagas, la ha de aprovechar tu compañero para estrecharte en formidable y eterno abrazo.

Maquinalmente empecé á moverme. El anciano había desaparecido después de pronunciar su postrer mandato; el espectro no se veía tampoco; pero adiviné que me espiaba de cerca, porque sentía aún el frío que penetraba en mi cuerpo y me helaba el corazón.

Tenía ante mí una hermosísima pradera; las flores la perfumaban, el sol, como nunca esplendoroso, la alegraba con sus rayos, el canto de los pájaros, mezclado con el débil murmurio de los arroyuelos producía inefable y jamás oída sinfonía. Correr por allí era tan delicioso, que no me limité á andar, sino que, alocado y ciego, empuñé vertiginosa carrera y ¡desgraciado de mí! con tal rapidez marchaba, que ni pensé en detenerme á saborear las bellezas que por todas partes se me ofrecían, ni

Nota de color también, no exenta de encanto, es *El Alegre prisionero* de Tomás Muñoz Lucena, quien parece ha arrancado su cuadro de una escena de familia, presenciada *d'après nature*. No se puede ser más espontáneo con tan sencillos y parcos medios artísticos.

La preciosa orla con que Gaspar Camps exorna una de las páginas del poema *Amor* de Salvador Carrera, es tal vez una de las mejores que ha producido su lápiz. La figura de la mujer tiene la belleza de Junio, esplendente de madurez y de hermosura. Indudablemente, es hoy Camps, el primero de nuestros dibujantes decorativos, y lo prueba que ya Francia nos disputa sus obras.

La figura de mujer, *Una de rompe y rasga*, de Carlos Vázquez, no puede negar ciertamente su abolengo español. No tiene belleza física y, sin embargo, por su aire, por su sal, y hasta por el mismo realismo de su tipo, resulta una mujer excitante como las que se conciben en este país.

Al contemplar esta figura, no podemos eximirnos de recordar, salvando las distancias, las mujeres de Zuloaga.

FRANCISCO CASANOVAS

acerté á ver que al poco tiempo llegaba al final de la pradera y el sol se quedaba atrás, se perdía el aroma de las flores, que yo había neciamente destrozado con mis pies, y la música dejó de oírse. Acabó la pradera (¡era tan corta!) y se me ofreció á la vista una alameda, á la que corpulentos y añosos árboles daban aspecto sombrío. Vacilé un momento y ya pensaba en volver atrás, cuando oí resonar la potente voz del desaparecido anciano que me gritaba: — « Adelante, siempre adelante. »

La alameda no era más que un corto paseo, ni alegre ni triste, que ponía en comunicación la inolvidable pradera con un angosto callejón, que no acertó á compararse con nada porque nunca hasta entonces había visto camino tan espantoso. Limitaban por los lados el tético callejón dos altísimas murallas de grueso y negruzco granito; ambas paredes se elevaban hasta perderse en la inmensidad del horizonte donde casi se juntaban para no dejar paso más que á un débil rayo de luz que, no sirviendo para alumbrar el terreno por donde yo caminaba desconcertado y á tientas, acababa de hacer más horrible la excursión, porque me llevaba á pensar en el sol potente y vivificador que hasta entonces me había alumbrado. El piso, desigual y guijoso, estaba además plagado de víboras ponzoñosas, y cada paso que daba equivalía á una tortura que me causaban á un tiempo las cortantes aristas de las piedras y el aguijón agudo de los reptiles.

Quise buscar relativo consuelo á mis dolores oteando con ansia para buscar la salida, y mi mirada se perdió en la obscuridad más espantosa; volví la cabeza para solazarme con la contemplación del pasado, y me encontré con la obscuridad de nuevo.

Tuve miedo y quise retroceder. Apenas me detuve, oí á mi lado terrorífica sonrisa y espantoso tablillo. Me acordé de la advertencia del anciano, y, creyéndome ya en los brazos de mi feroz compañera, grité con desesperación y eché á correr desolado; mis pies desnudos se posaban sobre puntiagudas piedras y mis brazos chocaban con los punzantes salientes de las paredes, pero yo no me detenía. Por dos veces caí sudoroso, rendido, medio muerto y, sin tomar ni el tiempo preciso para pronunciar un ¡ay!, me levantaba y seguía corriendo, temeroso de que me alcanzara el espectro amenazador. No sé cuanto tiempo duró aquella cruel huida; tal vez unos pocos minutos, yo jurara que fué un siglo; sólo sé que no acabó hasta que faltó de alientos, porque con la sangre que vertían mis heridas me abandonaron las fuerzas, con el corazón que me golpeaba el pecho con la fuerza de un batán, las fauces abiertas, los ojos desencajados, me arrojé al suelo dispuesto á perderlo todo. La formidable voz del anciano llegó de nuevo á mi oído para advertirme que quien sin luchar ni padecer se entrega, renuncia insensatamente al galardón ofrecido: « Un poco más y has triunfado. » Hice un esfuerzo sobrehumano y corrí de nuevo.

Momentos después llegaba á una pequeña abertura que daba salida á aquel maldecido túnel. ¿Qué me esperaba en premio de mi constancia? No iba á tardar en saberlo.

Avancé resueltamente y ¡fiera desilusión! desemboqué en un recinto mil veces más sombrío que el callejón que acababa de atravesar; aquel extraño paraje estaba sembrado de cruces y repleto de cadáveres: no era más que un cementerio.

—¡Por fin llegamos! — exclamó otra voz á mi espalda.
Era la de mi fúnebre perseguidora que, al hallarse con la presa codiciada, arrojó lejos de sí el sudario y ciñó con furia indecible mi endeble cuello con sus prepotentes brazos.

El miedo me despertó. Me palpé con afán y me restregué los ojos para extinguir el recuerdo de la horrible pesadilla. Quise olvidar este sueño, pero yo no sé con qué fuerza han quedado profundamente esculpidos en mi memoria hasta los nimios detalles, que muchas veces, despierto, vuelvo á pensar en la siniestra peregrinación, veo el tético cementerio como fatal único punto de llegada de la fatigosa senda que se llama vida, y, en vez de atemorizarme, es mi alentadora esperanza el macabro y salvador abrazo de la constante y precisa compañera del terrífico viaje.

MIGUEL TOLEDANO



A CASARSE TOCAN

El pobre Julián, enamorado de veras de la hermosa Matilde, lamentábase sin cesar del desdén de su adorada, y expresaba en sus amargas quejas el pesar intensísimo que su corazón sentía por tal causa.

Ella, Matilde, sacrificaba en Julián sus ilusiones marchitas, y hallábase dispuesta á realizar un matrimonio sin amor; pero Julián, aunque el suyo era sincero é incabable, no se resignaba, y hacía bien, á tan dura suerte.

Veía en Matilde un cariño sin entusiasmo, una pasión fría é insulsa que en verdad no podía satisfacer sus deseos.

Era Julián completamente infeliz. Amaba con esperanza cierta de unirse para siempre con la mujer idolatrada; pero no veía en ella nada de eso que expresa claramente un cariño inextinguible; notaba más bien un deseo de realizar el enlace, sin pensar para nada en el porvenir, siempre negro cuando el amor no existe.

Y Julián me hablaba mucho de los pesares que le creaba su situación especialísima.

Yo intentaba disuadirle de sus creencias; pero las tenía tan arraigadas, hallábase tan convencido de la veracidad de sus sospechas constantes, que cejé en mi empeño, dejándole obrar á su antojo.

Julián tenía razón.

Se ha casado con Matilde.

Su casa es un infierno, una babel irresistible.

Matilde no quiere á Julián.

Su indiferencia de antes se ha trocado hoy en odio profundo.

Ha hecho su matrimonio, que de ello no más se trataba; pero le habían los amores que Julián le otrece y se desespera al ver que, por su propia culpa, le faltan aquellos otros que no apreció hasta que les hubo para siempre perdido.

FERNANDO FRANCO



LA ACEITUNERA

NOVELA DE M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

(Conclusión).

—¿Por qué? ¡Si hubieras hecho alguna cosa mala! ¿No estuviste á mi lado hasta que desperté, para contarme, riéndote, lo que hiciste? ¿No te alejabas con aquella gran risa, dándome memorias para mi novio?... ¿Qué más quería yo?— ¡Por Dios, mi amo!—rugía *Metrio*, queriéndose soltar.

—¡Por Dios, que me muero!—Yo luchaba por retenerle é impedir que gritara. Mi corazón oprímase; gruesas gotas de sudor bañaban mi piel. José Alonso repetía sumiso:

—¡Perdóname, *Parralita*!

—¡Que te perdones! ¿Me hiciste algo?—añadió *Parralita*, riéndose.—Seguí tu consejo. No le di memorias tuyas á mi novio, porque nombrástele os hubiera comprometido á los dos; os hubiérais buscado, os hubiérais matado; pero le conté lo que me pasaba; se lo conté, y no quiso creerme. ¡Puede venir la deshonra sobre una mujer, de tantas maneras! Se quedó con sus dudas... Yo me quedé con mis alegrías. Ya lo estás viendo; está ahí ¡ahil... En el cortijo. Ni me mira ni me habla... Y yo, ¡buscándote! ¡buscándote siempre!

—¡Buscándome!—exclamó José Alonso, con necio orgullo, olvidando el perdón que demandaba por la vileza cometida.

—¡Buscándote!—repetió ella, riendo aún.—¡Como que tenías que hacer algo en el mundo todavía! Pero no daba contigo... Para que veas; y de pronto, nos hemos encontrado aquí... ¡Aquí!... ¡Y con *Metrio*!—añadió *Parralita*, con una insistencia extraña.—¡Qué cosa tan particular!

—¿Y qué tenía yo que hacer? ¡Dímelo, dímelo; verás que pronto!—exclamó el mozuelo, feliz con la idea de que los cargos iban á terminar.

—Poca cosa; hacerle ver á *Metrio*,... probarle tú mismo, que yo no le había engañado.

—¿Hacer yo eso?—exclamó José Alonso con rabia.

—Hacerlo, sí; y en seguida, darte yo mi recompensa... ¡Si tú no sabes, loco, —añadió con acento apasionadísimo,—lo que te tengo yo guardado!

—¿Y cómo lo haré?—preguntó José Alonso, sin saber lo que decía.

—Confesándolo aquí. ¿Lo oyes? Confesándolo en voz alta, como si él estuviera oyéndote; ya ves qué poco; con eso me contentaré; es una manía; pero luego... ¡Ya verás luego! ¡Confésalo! ¡Confésalo, José Alonso!

Y José Alonso, con voz vibrante, como salida de unos labios de metal fundido y á impulsos de un poder superior é irresistible, vencido, sugestionado, gritó:

—¡Sí, lo confieso! ¡Yo lo hice! ¡Yo cometí la mala acción contigo, porque me despreciabas siempre y porque juré vengarme!—Y de pronto, en un arranque misterioso, como si creyese estar hablando con su rival infortunadísimo, añadió con rabia poderosa:—¿Lo sabes, *Metrio*? ¡Yo fui! ¡*Metrio*! ¡*Metrio*! ¿Lo sabes?

Lo que sucedió entonces, fué rápido, espantoso: *Parralita* lanzó un grito salvaje de placer. *Metrio*, desprendiase de mí, forcejeando como un león. *Parralita* rugía al otro lado de la peña:—¿Lo oyes, *Metrio*? ¿Ves como no te engaño? ¿Lo oyes? ¡Si para eso lo traje aquí! ¡Si para eso te traje á ti también, sin hablar contigo siquiera!— José Alonso, como perdida la razón, lanzóse á *Parralita*; *Metrio*, en una sacudida horrible, se desprendió de mí; pero, aunque estaba José Alonso tan cerca de él, y aunque él se precipitó á su enemigo como un rayo, *Parralita*, rápida como el rayo también, había tenido tiempo de sepultar antes, por tres veces, su enorme cuchillo, en el pecho de José Alonso, gritando á cada golpe, con clamor horrible de lágrimas y furia:

—¡Por tu traición! ¡Por mi honra! ¡Por el penar de mi *Metrio*!



José Alonso, cayó á la *Cárcava*, sin dar un grito; fué rebotando de roca en roca con golpes horribles y se oyó al fin un zumbido espantoso en las aguas. El cuchillo se fué con él dentro de su carne.

Metrio y yo, corrimos á *Parralita*; estaba en el suelo como sin vida. La llevamos entre los dos á *Las Palmas*. En aquel mismo instante, salí para la ciudad con *Metrio*, dejando á *Parralita* muy recomendada á los capataces. Desde Córdoba mandé médicos. Estuvo á la muerte muchos días.

En Córdoba trabajé lo indecible. Hubo cabileos, declaraciones, idas y venidas; pero, por último, salí vencedor. A José Alonso se le sacó de la *Cárcava* como Dios quiso y fué enterrado. A *Parralita*, no la molestó nadie. Cuando se puso buena, hubo casorio y bastante bulla. Mi mujer y yo, fuimos los padrinos.

Parralita y *Metrio*,—mis capataces de *La Dehesilla*, son hoy, como antes lo fueron, dos buenas personas que viven felices, con un chiquitín que es un diablo, pero un diablo lindísimo y juguetón; que se arrastra por aquellas eras, como una florecilla del campo que barre el viento.

No voy mucho á *La Dehesilla*, pero cuando voy y recae la conversación sobre cierta historia, y *Parralita* muda entonces y pálida de terror, coge mis manos y las besa y las moja con sus lágrimas, ¿por qué no decirlo? me conceptúo feliz. Esta felicidad no me impide ver á *Metrio*. *Metrio*, vuelve el rostro, para ocultar su emoción y estampa un beso que suena como un tiro en la boca risueña de la florecilla del campo.

FIN

Ilustraciones de PABLO BÉJAR.

EL HAZ DE CAÑAS

(FACETA)

HABÍA en una aldea un mocetón fornido, bruto como un alcornoque, que no sabía que las fuerzas sirven para trabajar y no para reñir. Su brutalidad nativa inducía á pelearse de continuo y era el terror de los demás mozos y el escándalo de hombres y mujeres. Un día que el alguacil quiso reprenderle, trabó conocimiento con sus puños de jayán y desde entonces campó por sus respetos.

En el mismo pueblo habitaba un chico muy listo, muy bondadoso, muy querido de sus iguales y de sus superiores.

Quejábanse un día en su presencia de los desafueros del jayán cinco ó seis muchachos á quienes había dado un soberano pie de paliza por un quitame allá esas pajas. Todos convenían en que aquello era intolerable, pero convenían también en que era preciso sufrirlo, bien así como se sufre una epidemia ó una sequía.

—¿Creéis que el mal no tiene remedio?

—Tal creemos.

El chico listo, que era quien había he-



Fot. de Napoleón.

SEÑORITA DOÑA ENRIQUETA FABREGAT Y PÉREZ.
Autora de la pieza musical que acompaña al presente número.

cho la pregunta, dirigiéndose á los demás y señalando un haz de cañas que había junto á ellos, dijo:

—Coged una de estas cañas y probad á romperla.

Hizo la prueba uno de los oyentes y sin esfuerzo rompió la caña.

—¿Cuál es el más forzado de vosotros?

—Yo,—contestó uno.

—Bien. Coge seis cañas á la vez y rómpelas.

—Ya está,—contestó de allí á un rato el que hiciera la prueba, rojo y jadeante aún, por el esfuerzo que hiciera.

—¿Te atreverías á romper doble número de cañas á la vez?

—No.

—¿Y á romper el haz entero?

—Ni por pienso.

—Pues ahí tenéis el remedio que buscáis. El que os aterroriza y os doma, lo hace porque sabe que puede pelear con vosotros uno á uno. Tomad ejemplo del haz de cañas. Preste cada uno de vosotros á los demás su fuerza; uníos para un fin común y no habrá quien se atreva con vosotros.

Surtió efecto el consejo y, en lo sucesivo, el matamoros se convirtió en mansa oveja.